



El Mitin de la Poesía De Julio Barrenechea

Par EDMUNDO CONCHA

Pocas veces la poesía es tan fiel reflejo del espíritu de su autor como en el caso de Julio Barrenechea, el poeta que al parecer menos ha tenido que esforzarse por levantarla a la altura en que respaldada, con su naturaleza precisamente aérea, armónica, pura gracia.

La historia de esta poesía data de hace más de 40 años, cuando los miembros de la Federación de Estudiantes, sabiendo que su autor escribía versos, antecedente que sin más les bastaba, empezaron a empujarlo hacia la tribuna para que arengara a la joven multitud. Así, no de su iniciativa, se hizo orador. Pero hablaba con tanto brillo que luego su oratoria —manos vueltas— influyó sobre su poesía, en el factor sorprendente de algunas de sus metáforas.

De ahí en adelante su nombre se extendió como una luz, por todo Chile, y más allá de Chile, gracias a sus dones de poeta, de tribuno, de parlamentario, de diplomático, de conversador. En 1960 por derecho propio recibió el Premio Nacional Literario. También es Académico de la Lengua.

La publicación de sus libros empieza en 1933, con *El Mitin de las Mariposas*, que obtuvo el Premio Municipal, y termina con *Sol de Indias* (Nueva Delhi, 1971). En total ha entregado 12 volúmenes, incluyendo su *Antología Poesía Completa* (Ecuador, 1968), *Estados de Animo* (Madrid, 1973), el ensayo *Israel, un árbol por cada muerto* (Londra) y sus sabrosas crónicas *Frutos del País* (Zig-Zag).

Una lectura general de sus obras revela que Barrenechea es por excelencia un poeta de temperamento antídramático, de fértil inventiva, y de tono menor. Equilibrado, repante a las demasías, no se complace como otros enlizando el estruendo ajeno. El ritmo de sus poemas es menos de cortejo que de danza. Sus desventuras personales —¿quién no las sufre?— las recuerda en su intimidad y al público sólo le entrega su gracia, sus gracias. Su poesía sutil, alada, casi ingravida, a veces pura y alba espuma, rara vez toca fondo, quizás porque —ejemplo de poder— sabe lo que hay allá abajo. No olvidar cuánto auscultó *La Rochefoucauld*: "He mirado al fondo de las pupilas de un hombre bueno y me he llenado de espanto".

Su inspiración, acaso para no mancharse, prefiere detenerse morosa y amorosamente en los elementos de la Naturaleza. Escribe a menudo una poesía cromática del campo y de la ciudad, cual hermosos tapices, con finas líneas, con colores bien combinados, sin perjuicio de las sorpresas. Y además, con qué ingenio:

"En la montaña verde y helada,
cuando el agua se pone dura,
queda en suspenso la cascada
y le aparece la cintura".

(La Virgen de la Cascada).

Otra característica de su poesía —como la de Oscar Castro, como la de Conrado Nalé Roxlo— es su acción directa. La belleza que contiene es siempre explícita. Nada de rodadas ni de caracoles, demoras propias de poetas de corta vista que caminan a tientas en pos de su musa. Julio Barrenechea es todo un arquero que puede a cualquier hora dar en el blanco.

Hay en la faz de esta poesía un bello candor de niño que se entretiene con juguetes, y no a solas en un rincón, sino en la calle, a pleno sol, en las mismas esquinas. Justamente uno de sus libros se titula *Esquinas con Poesía*. ¿Es posible mayor extroversión? Si: hay además algo de jugar, de malabarista que tira hacia el cielo botellas —de cristal, no de goma— sin que ninguna deje de volver a sus diestras manos.

Todo este juego, incluido su *rumunismo* mora, parece que en última instancia sólo fuera la fuga de la conciencia de la especie, cual avergonzada del Pecado Original, y también de los vulgares, latentes en el inconsciente colectivo. Por algo un libro suyo se retula *Espejo del Sueño*, y no de la realidad. Es otro testimonio de sus ganas de evasión.

Sin embargo, su registro es amplio y casi no hay nota que no pueda bien tocar. Por ejemplo, una de sus poesías cumbre no es lírica. Se titula *En el Tiempo* y en ella coge con ambas manos, sin que se le escape una gota, la esencia misma de ese valor de por sí

húldico cuyo sentido obsesiona desde la antigüedad por igual a poetas y filósofos. Julio Barrenechea, en una de sus partes, cual un trofeo lo muestra así:

"Es el tiempo que latea su rostro
en el triste perfil de las rocas.
Es el tiempo que chupa los ojos,
y se come la cal de las bocas".

Estrofa ciertamente digna de Charles Baudelaire.

El concepto de eternidad, tan propio de los vates engolelinados con sus propios vaticinios, está presente también en otros poemas suyos, especialmente en *Esfuerzo hacia la Muerte*, donde esculpe en una anticipada lápida la biografía de su alma, a la hora en que el cansancio de la jornada lo detiene a medio camino y con la vista fija en el ocaso. Allí confiesa:

"Tendido en mi reposo, hacia la muerte,
alargando mi cuerpo me deslizo.
Las llamas de mis manos se deshacen
al final de mis brazos encendidos.

Sin handirme en el sueño, sino apenas,
encima de su turba superficial,
como nieblas azules, como arcas,
dulcemente deshago mis sentidos".

Otro de los temas que atrae a este poeta, y al cual arranca iridiscentes destellos, es el más antiguo de cuantos existen: el tema nunca del todo explorado del amor, el que cada autor divisa, como la Tierra Prometida, a la luz de su propio cristal. El suyo es transparente para ofrecer una visión orlada de romanticismo, sobre todo en ese titulado "*Cercanía Distante*", tan bien cortado y que dice:

"Puedo estar sola porque estoy contigo,
y puedo estar sin ti porque eres mía.
Mi soledad ha abierto sus postigos
y la llena de amor tu lejanía.

Puedo estar lejos de tu amado sueño,
porque vago en las campiñas de dormida.
Puedo ser lejos de tu aliento el sueño,
porque me quema una amapola viva".

Puedes vivir sin mí, porque yo ausente,
viviendo sigo en ti por recordado.
Porque me hospedas en tu blanca frente
como en un bello espacio iluminado.

Podemos estar solos porque un arco
de luz nos une en la mitad del día.
Puedes estar sin mí, porque me tienes,
y puedo estar sin ti, porque eres mía".

La poesía de Julio Barrenechea, a lo largo de su errabunda trayectoria, ha experimentado la misma metamorfosis de la vida hasta terminar no deshojada pero sí, superponiendo a la emoción la reflexión. Siempre, por lo demás, ha sido así: los años implacables hacen que la poesía de dancella devenga en filósofa.

La belleza que de todos modos emana de ella, tanto en su aurora como en su etapa crepuscular, no nace del que su autor, cual un demiurgo, crea una nueva realidad —como imaginó hacerlo Vicente Huidobro con su trompetado *creacionismo*— esto es, construir un mundo de puras palabras. No, en esa aventura sin fin, esencialmente biastina, Barrenechea no es un creador y ni siquiera un reformador. La realidad la deja igual y su único aporte —como siempre— es el enfoque que asume frente a ella, el punto de apoyo de su óptica, su perspectiva capaz de mostrar cada vez el aspecto exactamente agraciado del tema elegido.

Esta poesía —en suma— aunque en general expresa la parte amable del rumor del mundo, no es monotemática. Puede recorrer sin tropiezos la escala real de la experiencia humana, y siempre, en cada caso, aparecer engalanada con un lenguaje original y del todo ajeno a la afectación. Quienes la lean escuchan una voz y no un eco.

EL MERCURIO, SANTIAGO, 8-IX-1974, P. 5.

El mitin de la poesía de Julio Barrenechea. [artículo] Edmundo Concha.

Libros y documentos

AUTORÍA

Concha, Edmundo, 1918-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El mitin de la poesía de Julio Barrenechea. [artículo] Edmundo Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile